

V

EL ARCO DE TRIUNFO

Yo he nacido con la enfermedad de la grandeza. Mi primer recuerdo es éste: tendría ocho, acaso nueve años; estaba casi siempre solo y leía frecuentemente un librucho de escuela lleno de figuras toscas y garrapatos violentos. Allí encontré un día la historia de la coronación de Petrarca en Campidoglio, y la leí y releí. "También yo, también yo...", decía entre mí, sin saber siquiera a punto fijo por qué le habían puesto tal corona en la cabeza al gordezuelo poeta. Desde el libro, la redonda faz mal dibujada del lamentoso sonetero, encerraba en el capuchón aureolado de hojitas agudas como un higadillo, parecía sonreírme y animarme.

Hice cuanto pude por que mi padre me llevase al Vial dei Colli. Una vez allí, arranqué de los bajos arbustos de un seto un par de hojas de siemprevivas. No estaba seguro de que fuese el famoso laurel, pero no me importaba. Vuelto a casa, me encerré en aquel cuartito del fondo, donde estaba la librería de viruta ya mencionada. Hice con aquellas hojas una especie de corona, y me la puse en la cabeza; me eché sobre

los hombros un gran trapo rojo y empecé a dar vueltas por la habitación, pegado a la pared, cantando una larga escena que a fin me parecía heroica y tremebunda, batiendo solemnemente sobre una caja de madera con el mango de un cuchillo. De aquella suerte parecíame que iba con gran pompa al Campidoglio y que aquel rumor era el necesario acompañamiento, tal vez el mugido de la multitud plaudente. Así hice una mañana gris de invierno mi bufo desposorio con la gloria.

Mas la primera promesa verdadera que me hice a mí mismo fué más tarde, a los quince o diez y seis años. Era un bochornoso domingo de agosto, a eso de las cuatro, y yo paseaba melancólico y sin compañía por una de las calles más largas y más anchas de mi ciudad. Llevaba en la mano un periódico, comprado a fuerza de quién sabe qué humillaciones, e iba con la cabeza baja, cansado, aburrido, despechado contra el calor y contra los hombres.

Era la hora en que la gente se levanta de siesta medio atontada, y salí con la ridícula esperanza de un soplo de aire y del fresco de la noche. Salían las amas sofocadas, con los niños colorados y llorosos, entre puntillas; los maridos, sudorosos, con sus mujeres del brazo; los hermanos, con las hermanas de la mano; los muchachos, en grupos de dos o de tres, con los blancos cigarrillos colgando de los labios; las muchachas, con sus pañuelos claros a la cabeza y los ojos briosos y anhelantes; los vejetes, de levita y con la sombrilla azul bajo el brazo; los pobres soldados, vestidos de oscuro, muy empaquetados, con sus guantes de hilo blanco. A cada momento la gente aumentaba; llenaba las aceras, atravesaba las calles, reía, se saludaba. Bajo los grandes sombreros floridos, los ojos de las mujeres brillaban por doquier como diamantes negros; de cuando en cuando, dos sombreros de paja

sostenidos por dos manos en alto aparecían sobre las cabezas del rebaño festivo.

Yo me encontraba allí a disgusto. No conocía a nadie y a todos odiaba. Estaba mal vestido; era feo; era de rostro pálido; tenía el severo aspecto del descontento; sentía que nadie me quería ni podía quererme. Quien me miraba me despreciaba con todo su cuerpo al pasar; alguno se volvía a mirar al macilento solitario y reía. Especialmente las chicas guapas, vestidas de blanco y de rojo, de rostro moreno y limpios dientes, eran crueles conmigo; muchas veces sentía a mis espaldas sus descaradas risas. Tal vez no se reían de mí, pero en aquel momento estaba seguro de ello y sufría. Parecíame negada toda la buena vida: yo solo, yo sin amor, yo sin fortuna. Y aquella gente iba a su paseo, sin saber nada de mis tristezas de adolescente pobre y abandonado.

Y entonces, de pronto me rebelé. Sentí dentro de mí como un golpe de sangre, una sacudida de todo mi ser. "¡No, no, no! — gritaba dentro de mí mismo — ¡Así no debe ser! También yo soy hombre, también yo quiero ser grande y feliz. ¿Qué creéis ser vosotros, hombres necios y mujeres bien vestidas, que pasáis a mi lado con tanta presunción? ¡Ya verás lo que voy a hacer! ¡Quiero ser más que vosotros, más que todos, sobre todos! Soy pequeño, pobre y feo; pero también yo tengo una alma, y esta alma dará tales gritos, que todos tendréis que volveros a oírme. Y entonces yo seré algo y vosotros seguiréis no siendo nada. Haré, crearé y llegaré a ser más grande que los grandes, y vosotros continuaréis comiendo, dormitando, paseando como hoy. Y cuando yo pase, todos me mirarán; las mujeres guapas tendrán una mirada para mí también; las muchachas risueñas me querrán a su lado y me estrecharán, temblando las manos, y los hombres serios se quitarán el sombrero y lo tendrán bien en alto

sobre sus cabezas cuando yo pase, yo en persona, el grande, el genio, el héroe".

Así pensando, levantaba de nuevo la cabeza, henchíame el pecho y mis ojos miraban con odio y orgullo todas las caras que pasaban junto a mi lado. Era otro; en aquel momento seguramente parecía más guapo.

Así llegué a una gran plaza, ante un arco de triunfo. Los caballos de la cuadriga golpeaban en el cielo, incendiado del ocaso, mientras jurábame a mí mismo llegar a ser grande antes de mi muerte.

VI

MISERIA

En aquellos tiempos era pobre, decente, pero atrocamente pobre (he odiado siempre, y aun hoy, a cuantos han nacido junto a las carteras llenas, a los que han podido comprar casi siempre cuanto han deseado). Era burguesmente pobre, sin hambre y sin frío, pero sufría.

No me importaba el ir vestido con los desechos de mi padre, usados, lúcidos y llenos de lámparas; con remiendos bien hechos por detrás y en el fondo de los pantalones; ni llevar en la cabeza sombreruchos deformados, ni andar con zapatos demasiado estrechos, con medias suelas y palas nuevas varias veces. Cinco céntimos de cerezas o de higos en verano, de castañas asadas o *pattona* en invierno, bastaban a mi glotonería. Al teatro (*Stenterello*) y al café

(helado), una vez al año, tal vez dos si había alguna invitación de por medio. Y un domingo al año a comer al campo, siempre al sitio acostumbrado (riachuelo manso con poca agua, guijarros, cañaverales, prados abrasados, peces fritos).

Con todo, esta mezquinísima vida de mezquinos burgueses no me hacía sufrir sino por la falta de dinero contante y sonante, de dinero mío, que poder gastar yo, como a mí me gustaba.

Los que han tenido un padre acomodado o una madre compasiva, el bolsillo provisto a tiempo y la lucha junto a la cama; los muchachuelos voluntariosos que han gastado tantas liras en juguetes, figuras, pasteles, frutas y porquerías, no pueden imaginar cuánto he sufrido yo de niño, de muchacho, de adolescente, hasta casi los veinte años (tan sólo pasados los diez y nueve he ganado los primeros billetes de diez, *míos*).

Sin embargo, tenía más necesidad que los demás, y para otras cosas. Necesitaba, primero de todo, libros—los de casa eran pocos, a la biblioteca no pude ir sino tarde;—necesitaba periódicos—desde entonces me tentaban estos robatiempo;—necesitaba papel para escribir, plumas y tinta. Miserias, pequeños gastos, pocos cuartos. Y esos pocos cuartos faltaban. Mi padre no podía darme nada, y tenía razón. Costábale gran trabajo mantenernos a todos. Compraba de cuando en cuando, en los puestos de viejo, un libro, pero no más de dos o tres al año. Más tarde me concedió lira y media al mes, ¡cinco céntimos diarios!, *para vicios*, como se acostumbra decir en nuestras familias. Mis vicios eran el papel blanco y el papel impreso.

¿Qué hacer, pues? ¿Dónde encontrar el dinero que quería, que había de tener a toda costa para mis gastos, para dar de comer a mi espíritu?

Recurrí a varios medios; primeramente, a la economía. Me daban diez céntimos diarios para el com-

panage del desayuno. Yo gastaba siete céntimos. A la semana—cinco días de colegio—eran quince céntimos: un volumen de la Biblioteca del Pueblo o tres cuadernillos de papel.

Luego estaba mi madre. Mi madre era, como es justo, más misericordiosa que mi padre. Veía mi pasión, me compadecía. Tampoco ella, pobrecilla, tenía mucho más dinero que yo—apenas lo que mi padre le daba día por día para los gastos de casa.—Sin embargo, a fuerza de indecibles economías y expedientes, encontraba el modo de darme diez, quince y hasta veinte céntimos semanales, que se trocaban en seguida en entregas de libros ilustrados, en papel rayado a cuadritos (para que cupiese más) o en periódicos de literatura.

Otro medio era el latrocinio, y no me avergüenzo de confesarlo. Durante muchos años me he dado, cautamente, pero de continuo, al pequeño hurto doméstico. A veces, por la mañana temprano, mientras mi padre estaba todavía en la cama, conseguía, en la obscuridad, atrapar alguna moneda en el bolsillo del chaleco, colgado de una percha, o no devolvía el resto de algún gasto, si mi padre se olvidaba, o decía haber gastado algo más, o haber perdido por la calle una parte del dinero. Me regañaban, pero ¡era tanto el consuelo de aquellos pocos cuartos escondidos!

Intenté también el comercio, más con poca fortuna. Guardaba el papel de envolver y lo vendía, coleccionaba huesos de melocotón, compraba y vendía sellos usados; pero las ganancias eran difíciles y miserables.

A despecho de las economías, de la compasión maternal, de las estafas y del comercio, sucedía a veces que no tenía nada, nada en absoluto, ni siquiera cinco céntimos para comprar un periódico. Eran los días en que rompía las páginas blancas de los libros y las ho-

jas de los cuadernos del colegio para poder escribir; en que echaba un poco de aceite en el fondo polvoriento del tintero para poder mojar la pluma; eran los tristes días en que estaba parado más que de costumbre en los quioscos o en los escaparates de los librerías para leer de ocultas las medias columnas de los periódicos o alguna página de libro.

¡Cuánta pasión en aquellos tiempos! ¡Días tristes de frío, de soledad y de miseria sin esperanza! ¡Qué desesperación por el papel que se empapaba y en el cual la mala tinta se extendía malignamente, confundiendo palabras y pensamientos, por una plumilla despuntada que no quería escribir, y en casa no había más; por la obstinación de un librero que no me quería dar aquel libro por media lira menos, y yo no tenía bastantes cuartos!

Aun a fuerza de subterfugios, de ruegos, de engaños, era siempre el pobre, el muchacho pobre y silencioso, a quien nadie ve de buena gana. Los librerías apenas si me escuchaban cuando pedía el precio de un libro, sabiendo que podía disponer de céntimos tan sólo y no de liras; a los dueños de los puestos no les gustaba que estuviese tanto tiempo hojeando y leyendo aquí y allá, porque las más de las veces no compraba nada o compraba libruchos de desecho, de poco gasto, o quizás volúmenes incompletos; los vendedores de periódicos me miraban torvos, porque procuraba leer a traición.

Pero yo recuerdo siempre con orgullo las humillaciones de aquellos años. ¡Cuántas veces he pasado y vuelto a pasar ante un escaparate, adorando con los ojos un libro largo tiempo deseado y sin ánimo para preguntar el precio! ¡Cuántas veces he tanteado en el bolsillo los pocos cuartos, volviéndolos a contar por miedo a tener menos o a haberlos perdido y entrado en la tienda con la cara pálida, tímido y callado, es-

perando a que el dueño estuviese solo para decir tal nombre y tal título...! ¡Cuánto me despreciaban entonces libreros, dueños, compañeros, parientes, todos! Chicuelo desmedrado, silencioso y mal vestido, con ojos fijos de miope, los bolsillos llenos de papeles, las manos sucias de tinta, los pliegues de la rabia y de la tristeza en la boca y la arruga que comenzaba a grabarse en medio de la frente.

Y con todo, ¿qué pedía? ¿Quizás el ir vestido como los señoritos modelo de los grabados virtuosos, todos tan atildados y engolados? ¿Quizás el comer carne y dulces hasta el vómito y la indigestión? ¿Pedía buena casa, viajes, escopetas, caballos de madera o teatros de fantoches?

Era feo y mezquino—lo sé y lo sabía también entonces;—pero bajo aquella fealdad y aquella entequez había un alma que quería saber, conocer la verdad, embeberse de luz, y bajo aquel sombrero untuoso y aquella cabeza despeinada había un cerebro que quería comprender toda idea y por doquier razonar y soñar; había una mente que ya entonces contemplaba lo que los demás no ven y que se alimentaba allí donde los más no encuentran sino vacío y desolación. ¿Por qué nadie ha comprendido y me ha dado lo que por derecho me correspondía?

Sin embargo, no me lamentó de aquella miseria ni me avergüenzo de las humillaciones pasadas. La facilidad de la vida me habría hecho, tal vez, más cobarde, menos apasionado y al fin más pobre. La amargura continua de quien no tiene y no puede tener, me ha alejado de los demás y ha constreñido mi espíritu con el laminador del dolor, que le ha hecho más pulido, más afilado y más digno.

VII

MI CAMPO

Además de a los libros y a los muertos debo mi alma a los árboles y a los montes. El campo me educó tanto como la biblioteca. Un cierto y determinado campo; todo cuanto hay de poético, de melancólico, de gris y solitario, lo he tenido en el campo de Toscana, en el campo que hay en torno a Florencia.

Mi padre, hombre de pocas palabras y de curiosidades intelectuales superiores a su condición, me llevaba todos los domingos, desde niño, a las afueras. Ibamos solos, después de comer, sin hablar. Mi padre sabía ciertas calles solitarias, desiertas, fuera de mano, donde se andaba, poco a poco, horas enteras sin encontrar un alma. No siempre, verdaderamente; algunas veces se encontraba uno con algún cura, algún campesino, alguna vieja. Nos saludaban y seguíamos adelante.

Mi padre estaba casi siempre ensimismado; yo rumiaba entre mí precoces disconformidades o ingenuos bocetos de ideas. Pero miraba. Por encima de los muros en que el camino estaba encerrado caían las ramas convulsas de los oscuros olivos o se alineaban

los rosales enanos, pobres, descuidados, los rosales con las rosas agostadas y pálidas, que caían hoja por hoja en la cuneta a marchitarse. ¡Cuántas leguas pegado a aquellos muros! Muros que aun veo; muros bajos, que invitaban a la gente a sentarse; muros húmedos, remendados de líquenes oscuros y de verdes hongos, con las escurriduras negras y relucientes de las troneras; muros altísimos, con árboles gruesos, negros y frondosos en alto, como para sostener jardines pensiles; muros nuevos apenas en las afueras, encalados de poco atrás y decorados con rústicos grafitos de albañil. De cuando en cuando, la verja de una quinta; cancelas negras y oscuras contra las cuales saltaba y escandalizaba por la parte de dentro el perro ladrador; cancelas abiertas, con un ciprés al lado, como de guardia, y una avenida que subía en cuesta, entre setos de mirto y de laurel. De cuando en cuando abríanse los muros y se sucedían los setos vivos, altos espinosos; blancos de escarcha y nieve en invierno, blancos de flores en primavera, negros de moras al fin del verano. Y más lejos aun desaparecían muros y setos, y el camino solitario y apisonado (como los senderos conventuales en la montaña) subía entre los cipreses y los abetos y tenía allí abajo los valles surcados, los prados mojados, los fondos de niebla y la ilusión del infinito.

Parecíame renacer. Únicamente allí, dándome el viento en la cara, sin sombrero, sin un pensamiento fijo, me sentía vivir como siempre hubiera querido. Cuando descendíamos de vuelta a la ciudad, la tristeza me aferraba de nuevo; el corazón y el punzante crepúsculo de la noche acompañaba mi nostalgia con los sonos de las débiles campanas a que no daba oídos. Entonces, para no separarme de aquel mundo libre y fresco, llevábame conmigo algún pedazo de él: una aceituna negra, hispida, lustrosa, encontrada abajo,

entre las hojas; una bellota con su corteza; un guijarro marmóreo, puntiagudo y cortante, a modo de cadena alpestre; una piña dura y verde; una agulla de ciprés; una castaña de India; un pimpollo de abeto; una bellota de encina. Me gustaba cuanto era simple y tosco, todo cuanto tenía un no sé qué de montañés y descuidado; lo que daba una sensación de dureza, de soledad, de vida sana y sin jardineros.

No he nacido yo para los campos ricos, esplendurosos, meridionales y tropicales; no he nacido para las flores vivas y perfumadas, para los frutos copiosos para el sol. El campo que siento, el campo *mío*, es el de Toscana, ese donde he aprendido a respirar y a pensar; campo desnudo, pobre, gris, triste, cerrado, sin lujos, sin esplendores de tintas, sin olores ni festones paganos, pero tan íntimo, tan familiar, tan adecuado a la sensibilidad delicada, al pensamiento de los solitarios. Campo un tanto monacal y franciscano, un poco áspero, un poco negro, donde se siente el esqueleto de piedra bajo la alfombra herbosa, y los grandes montes morenos, despoblados, se alzan de pronto como amenazando los valles plácidos y fructíferos. Campo sentimental de mi infancia; campo excitante y moral de mi juventud; campo toscano, magro y seco, hecho de piedra serena y de piedra fuerte, de flores honestas y aldeanas, de cipreses atrevidos, de matas y de espinos sin gracia, cuánto más bello me parecías que los famosos campos del Sur, con palmas, naranjos, higueras de Indias y el blanco polvo y el iracundo sol de verano.

Salíamos en toda estación; pero cuando enciendo de nuevo los recuerdos no veo más que invierno, otoño o primavera lluviosa; cielos cubiertos, unidos, grises, cerrados; viento mordiente o la quietud fría y bronceada de la tierra, que pena y trabaja en lo profundo. No veo nunca sol; no siento calor jamás; o veo un

solecillo aguado que sale a ojeadas de entre las nubes viajeras y hace parecer más negra la tierra cada vez que asoma de nuevo. Veo el campo como bajo un cielo del Norte, con todo el recogimiento y el desierto del año que acaba después que el último racimillo olvidado se ha encogido en las secas ramas de la vid.

Y me acuerdo bien de algunos cortos y ventosos días de enero y febrero, cuando andábamos ligeros por los caminos duros, helados, que resonaban bajo nuestros pasos, entre muros secos que enviaban los ecos a las blancas desfiladuras de las altas nubes. A fuerza de andar, volvía a casa con los pies ardiendo y el rostro encendido, todo vibrante y vigoroso como si volviera de una victoria. Y la casa pobre y oscura, y mi cuarto frío y revuelto, con una lamparilla de aceite, de latón, que daba poca luz y no sé qué de mortuario, me parecía el retorno a la mediocridad, a la esclavitud o a la muerte. Entonces cogía un libro y leía a la debilísima luz de aquella fúnebre lucerna, y poco a poco todo mi cuerpo se enfriaba, los pies se me helaban, se redoblaba la tristeza y me arrojaba en la cama a sepultar en el sueño los deseos inexpressados y los sueños indefinibles de una vida hartamente diversa de ésta y de toda vida.

VIII

EL DESCUBRIMIENTO DEL MAL

De una niñez selvática y precozmente introspectiva; de una soledad humillada, impuesta por la timidez, por la diversidad y la miseria; de las repetidas derrotas de un enciclopedismo hartamente ambicioso; del lirismo elegiaco rumiado por caminos grises, entre muros ennegrecidos bajo cielos de ceniza; de los confusos ímpetus hacia una vida heroica, digna, poética, luego negados y anegados en la maldita cotidianidad de una vida reducida, provinciana, constreñida y mortificante, surgió un pesimismo desesperado y encerrado en sí como una fortaleza sin ventanas. Apenas el intelecto, al fin de la adolescencia, fué mayor de edad, pidió a la vida sus razones y no tuvo respuesta. La teoría dió forma a la melancolía. A la tristeza física y absoluta de las tardes festivas de invierno siguió la investigación acerca de los bienes y los males de la existencia, y el espíritu respondía que *no* a toda promesa; replicaba que *no* a todo sueño embustero, a todo placer falso, y soplabá sobre los últimos encantos como el viento de media noche sobre las pocas llamas subsistentes de una luminaria con mal éxito.

A la languidez de las vigiliat fantaseadoras, cuando entran ganas de compadecerse uno mismo, sin razón, como nunca se compadecerá nadie, siguieron las investigaciones acerca de la naturaleza del dolor, sobre la brevedad de las alegrías, sobre el balance de la felicidad terrestre; a los sonetos patéticos por el fin de los días y de los otoños, siguió la firme intención de protestar pública, racionalmente, contra la bestial aceptación de la vida.

A esa edad la perpetua demanda inútil se me representó con las mismas palabras de todos los tiempos y de todos los tediosos: la vida, ¿vale la pena de ser vivida?

¿Qué podía responder? La vida me prometía poco y no me daba nada. No podía esperar riquezas ni triunfos en los estudios, pues que desde el principio había enfilado por necesidad un camino escolar breve y mediocre; ni amor de mujeres, porque era feo y temeroso; ni ilimitación de saber, porque me hacía daño pensar en las empresas truncadas. Pocos se curaban de mí; nadie me quería bien; excepto mi padre y mi madre, harto lejanos de esta alma que de ellos venía y que incluso a ellos parecía extraña.

No me restaba sino el pensamiento: siempre me había gustado generalizar, estrechar relaciones entre hechos lejanos, adivinar leyes, desmontar y volver a construir teorías. Poco antes, con la *Scienza Nuova*, mal comprendida, todavía fresca, se me había metido en la cabeza el construir una filosofía de la historia literaria, y me imaginaba haber descubierto los cursos y recursos del arte, las causas de las grandezas y de las decadencias en las literaturas. Desde entonces, Taine me abría el cerebro y me daba envidia por aquella su facilidad para componer esquemas claros, ordenados y simétricos de ideas, apenas coloreados, entre una línea y otra, de manadas de hechos; el demonio

teórico acechaba al niño poeta y me inspiraba las fórmulas, las sentencias y los corolarios bien deducidos.

Ya armado el pensamiento se lanzó, pues, a esta vida miserable, sin carnavales ni faros, y se apresuró a descubrir en ella el vacío y el callado dolor. ¿Está toda aquí? A cada deseo, una repulsa; a cada aspiración, un mentís; a cada esfuerzo, una bofetada; a todo el anhelo de felicidad que nos toma a los diez y seis, a los diez y ocho años, la promesa de la nada. ¡La nada enmascarada de cien maneras! Fe, gloria, arte, acción, paraíso, conquistas: máscaras en el rostro, agujeros sin ojos, boca sin lengua, besos sin respuesta.

La vida, para ser llevadera, ha de ser intensamente vivida. La sensibilidad la llena de cuando en cuando, y si es verdad que cambia semejante al agua que corre, al menos nos transporta como una corriente que puede parecer igual y eterna. Pero si se analiza la vida y se la desnuda y pela con el pensamiento, con la razón, con la lógica, con la filosofía, entonces el vacío se muestra sin fondo, la nada confiesa francamente ser nada, y la desesperación se afina en el alma como el ángel se posó sobre el sepulcro abandonado por el hijo de Dios.

Así acaeció que me afirmé, con todo el ardor de una vida ascendente, en la negación de la vida. Mi respuesta—la única posible entonces—a la maligna injusticia de la suerte y a la silenciosa enemistad de los hombres fué la persuasión de la infinita vanidad del todo, de la canallería congénita y de la infelicidad indestructible del género humano.

Mi pesimismo, no obstante lo proclamase y lo creyese radicalismo, no fué consecuente y no llegó hasta donde podía y debía llegar. Fué, al principio, sentimental, poético-literario. El enciclopédico rabioso y el lírico en germinación que había en mí se dividieron la obra. El descubrimiento de la infelicidad de la vida

fué un pretexto para nuevas compilaciones. Recogí en mis lecturas todos los desahogos de los poetas, los efectos de los dramáticos, los incisos de los oradores, las admoniciones de los predicantes, los aforismos de los filósofos, a medias y por entero, donde hubiese, velada o no, demostrada o lamentada, la inutilidad de la existencia, la supremacía del mal, la tristeza de los sueños interrumpidos, de las ilusiones laceradas, el descorazonamiento del pasado que no vuelve, la desesperación que doblega y destroza el alma cuando se ha girado en torno a la vida por doquier, isla breve y apenas iluminada del infinito gozo de la nada. Así, pues, hice una fúnebre compilación de dolor hecho verbo, donde los dísticos, las paradojas, las quejas y lamentaciones de hombres distantes en el espacio, en el tiempo y en el espíritu, se encontraron agrupados, como angustioso coro de humano descontento.

No solamente por curiosidad literaria; era sincero. El encontrar en los demás tales desfallecimientos y tales maldiciones, me daba ánimo. Me parecía no estar ya solo, haber encontrado los hermanos, los compañeros nacidos para mí, los muertos consoladores. Me parecía no poder equivocarme en mi negación y que ésta no era únicamente la protesta cobarde de un muchacho estropeado por la ensoñación desordenada.

Pero no hacía tan sólo centones de sentencias: pensaba hacer yo el libro, el verdadero libro sobre la vida; el libro que hubiera debido decidir de una vez para siempre a todo hombre a tenerse a sí mismo, a los demás y a la existencia entera, en la desestima que merecen. En aquel tiempo tropecé por primera vez con un gran filósofo. Hojeé, leí, medité a Schopenhauer: a trozos, a pedazos, a intervalos, pero lo bastante para comprender que la ciencia hacedera de los libritos de geología o de evolución no era el punto más alto a que podía llegar la inteligencia conoscente. Intenté

trazar una historia del pesimismo, y así recorrí, a grandes jornadas, la historia de la filosofía, donde otras ideas, además de las negativas y dolientes, me atrajeron y me entraron en curiosidad.

El erudito ya no estaba solo; el teórico crecía y se robustecía. El asiento de mi sistema pesimista, fundado sobre la ley de que son necesariamente inasequibles precisamente los fines más deseables, fué acompañado de alegrías intelectuales casi nuevas para mí. Y no olvidé el llegar a los últimos extremos y a la totalidad. Me disgustaba en Schopenhauer la hostilidad al suicidio. Yo preparé, por el contrario, como última parte de la gran obra, una estoica propuesta de suicidio universal. No ya por escándalo: no veía otra salida. Suicidio individual no, por ridículo e inútil; pero suicidio en masa, suicidio consciente y concordemente deliberado, tal que quedara sola y desierta la Tierra, rodando inútilmente en los cielos. Imaginaba poder fundar una sociedad, la cual debería aumentar y extenderse juntamente con la difusión de mi libro irrefutable. Cuando esta liga de los desesperados hubiese unido precisamente a la Humanidad entera, habría habido que escoger el gran día, ¡el fin! Había pensado incluso en los medios y me parecía que se debía preferir el veneno.

¡Tonterías, niñadas! Con todo, la idea fija de ser el apóstol de esta suprema conclusión de la vida fué para mí, durante cierto tiempo, el único pretexto para seguir viviendo. Y consentí en vivir únicamente con la esperanza bufa de que todos los hombres muriesen conmigo.